

## BIBLIOGRAFIA

**L'ART HISPANO-MAURESQUE.** Desde los orígenes hasta el siglo XIII, por Henri Terrasse. Paris. Editions G. Van Oest, MCMXXXII. Publications de l'Institut des Hautes Etudes Marocaines. Tome XXV. 4.º, 508 pág. y 80 láminas fuera de texto.

Con esta espléndida obra, Mr. Terrasse, el ilustre hispanófilo y gran amante de las bellezas y reliquias que Córdoba atesora, ha contribuido, de modo magistral y definitivo en sus grandes líneas de concepto, al estudio del arte hispano morisco.

No podemos, ni aún a grandes rasgos, seguir la exposición documentada, orgánica y erudita de esta obra, que hace hito entre las de su materia: Los grandes apartados en que está dividida, se titulan: «Los orígenes del arte musulmán de España», en que estudia la influencia de los que intervinieron en su formación, destacando especialmente el gran influjo del visigodo, como arte nacional anterior; «El arte omeya», como gran momento de este magnífico florecimiento, pasando revista a los primeros momentos revelados por las primeras construcciones de la Mezquita de Córdoba, la obra de Medina Az-Zahra, la mezquita de Alháquem II como producto cumbre del arte del Califato omeya, y los aspectos secundarios del mismo, todo ello con un lujo de detalles y profundidad de conceptos, que admiran y seducen; «El arte hispano-morisco en el siglo XI y principios del XII», que recoge el arte de los Taifas y del periodo almoravide; «El arte almohade», que reaviva la hermosa tradición califal, con su doble influencia en España y en Marruecos; y «El arte hispano-morisco en el arte de la Edad Media», con sus reflejos sobre arte musulmán, hispano-morisco propiamente dicho y cristiano de occidente.

Cada capítulo de la obra es un verdadero tratado de arte, y su documentación y bibliografía satisfacen totalmente. El señor Terrasse señala las colaboraciones españolas y cordobesas que ha tenido para redactar su obra, la cual, por hoy se puede considerar casi exhaustiva en la materia.

Hay algunas atribuciones arqueológicas, como las de la decoración de la Mezquita de Abderrahman I, que, acaso, necesiten un más seguro fundamento, pero ni aún este pequeño detalle resta valor alguno al conjunto de esta obra magnífica en todos conceptos, incluso en el litográfico.

Nuestra Academia, que se enorgullece de contar entre sus miembros a Mr. Terrasse, volverá sobre esta obra con mucha frecuencia, porque es fundamental para la arqueología y el arte del Califato cordobés, y las páginas de nuestro BOLETIN se honrarán más de una vez con las aportaciones y citas del sabio maestro francés que une, con esta obra, un joyel más, a la colección con que viene enriqueciendo el arte y la arqueolo-

gía de España, y más concretamente, del arte califal que tuvo a Córdoba por cuna y escenario glorioso.

**L'ART GOTHIQUE EN ESPAGNE.** En los siglos XII y XIII, por Elie Lambert. Paris. Editor, Henri Laurens. 1931. 4.º, 316 pág., 48 láminas fuera de texto y 125 dibujos.

Reproducimos, como referencia de esta obra, la publicada por un periodista local en sazón contemporánea:

**«Las Iglesias góticas de Córdoba».** Aunque hace ya varios meses que tengo en mi poder la magnífica obra de mi excelente amigo y admirado arqueólogo Mr. Elie Lambert, no es razón que deje de hablar de ella en público, ya que por tantos conceptos se lo merece.

Y aún cuando no le rebosaran los méritos, y el interés para el arte español, aquellas dedicatorias que nos ofrece, la una manuscrita, «en recuerdo de nuestros buenos días de Córdoba», y la otra en su prólogo, serían acreedoras al acuse público de recibo. «En Córdoba, dice este buen amigo y gran hispanista, me habría sido difícil ver todo y bien, sin don Félix Hernández y don Rafael Castejón, las numerosas iglesias de la ciudad, así como su gran mezquita catedral».

Lo merecía todo este verdadero sabio, con mente de cumbre y corazón de niño, que ha escrito la formidable obra que titula «El Arte gótico en España en los siglos XII y XIII», en la que acaso por vez primera, se abarca, con toda la admirable claridad de la ciencia francesa, el proceso del arte gótico en España, sobre todo en sus orígenes, que son los momentos difíciles para desentrañar cualquier manifestación artística que se produce exóticamente.

Comienza la obra con una ojeada histórica sobre las condiciones de Europa y España en el tránsito del momento islámico representado por el glorioso califato de Córdoba, al momento cristiano, y ya en plena Reconquista, se extiende Mr. Lambert en despaciosas consideraciones sobre el influjo de las dos grandes órdenes francesas, con sus abades y obispos, de Cluny y del Cister.

Por esto el plan de la obra es el estudio de los grandes monumentos españoles, sobre todo iglesias y catedrales, con su repercusión en castillos y monumentos civiles, primero de los influjos clunicenses, después cistercienses, entrando luego en los monumentos influidos por los grandes artistas que han tomado por modelo el norte de Francia, o las influencias franco-borgoñonas, franco-normandas o franco-champañesas, que culminan en la amplia difusión del arte gótico por toda la península.

El arte gótico en Andalucía, que al principio de la Reconquista parecía avasallador, luego se va anulando para dejar paso a la que podría llamarse la corriente indígena representada por el arte morisco o mudéjar. De aquí el gran interés de esas primeras manifestaciones, que luego pare-

cen fosilizarse sin recibir las nuevas aportaciones norteñas, ahogadas por la tradición morisca.

Por esto, nuestras iglesias cordobesas de la Reconquista, son de enorme interés arqueológico, dentro de su modestia y constituyen un caso singular, todavía no estudiado. Mr. Lambert las abarca en ojeada general, falta aún de detalles, cuya descripción compete a los eruditos locales (conocemos los admirables trabajos que viene llevando a cabo don Vicente Serrano Ovin, al que alentamos continuamente a la publicación), para que las grandes obras puedan encuadrarlas en el marco general de la historia del Arte.

Al ofrecer a continuación, la traducción del juicio general que a Mr. Lambert merecen estas iglesias de la Reconquista cordobesa, la hacemos como homenaje a este gran amigo de España, iniciador del Instituto Hispánico, que tiene su foco en la Universidad de Caen, de la cual es profesor, al cual enviamos por este conducto la sincera expresión de nuestra amistosa admiración.

\*  
\* \*

Es sin duda, a la influencia cisterciense salida de Burgos, a lo que hay que atribuir la construcción de las primeras iglesias góticas andaluzas, cuya mayor parte están agrupadas en Córdoba. En 1235 y 1236 era precisamente el obispo de Osma, Juan Domínguez, quien reemplazaba al arzobispo de Toledo al lado del rey de Castilla, cuando este reconquistó Córdoba y él fué quien consagró la gran mezquita de esta ciudad al culto cristiano; el primer obispo nombrado entonces en Córdoba fué el monje cisterciense Lope de Fitero; y se sabe, en fin, que las abadías cistercienses de Córdoba y de Sevilla, estaban unidas, en su origen, al monasterio de San Pedro de Gumiel, en la diócesis de Osma, donde, por extraña coincidencia, hemos comprobado la presencia, en 1236, del maestro de obras de la catedral, de Juan Domínguez. El hecho indudable es que un gran número de las primeras iglesias levantadas en Córdoba y también en Sevilla, después de la reconquista, presentan curiosas analogías con los monumentos cistercienses que hemos estudiado o con la cúpula de la catedral de Osma.

Estas iglesias en general tienen su nave cubierta de carpintería, pero el abside principal siempre está precedido de una travesía abovedada con ojivas, cuyo nervio longitudinal es visible casi siempre. Igual sucede con las dos capillas laterales que encuadran regularmente el abside. La forma de estas capillas varía, pero en casi todas se terminan en el interior por un muro recto, en tanto que el abside principal es siempre poligonal y desprendido por fuera en toda la altura de sus cinco lados. Por último, la decoración, lleva en general puntas de diamantes en el recuadro de los vanos y también zigzags en las archivoltas. El parecido que se comprueba entre todos estos monumentos, en plano y en alzado y las pequeñas igle-

sias cistercienses de la región de Burgos es muy grande, con un sello de simplicidad y a veces también con numerosos elementos mudéjares, que se explican fácilmente por las circunstancias de lugar y de tiempo en que han sido construídos estos edificios.

En Sevilla hay iglesias de este tipo, como Santa Ana, construída por Alfonso el Sabio, pero es sobre todo Córdoba quien ha conservado toda una serie de iglesias de esta escuela. Hay todavía en esta ciudad una docena, muy parecidas, aparte pequeñas variantes que dan cada una su personalidad. En San Miguel, donde el abside principal y capilla de la derecha, están bien conservadas, con nervio longitudinal en el coro y bóvedas ornamentadas con zigzags, la capilla lateral es poligonal, pero englobada por el exterior en muro recto. Sobre un costado de la iglesia hay una curiosa capilla funeraria gótico-mudéjar, cuya puerta mudéjar es muy notable.

La colegiata de San Hipólito ha perdido sus capillas laterales, y la nave ha sido rehecha en el siglo XVIII, pero el abside principal está intacto con sus esbeltas columnitas, sus ventanas alargadas y su bóveda de nervio longitudinal y nerviaduras ornadas de zigzags y puntas de diamante.

En la iglesia de Santiago solo subsiste la capilla lateral, poligonal y abovedada de ojivas con nerviaduras de eje.

En San Pedro el abside principal es análogo al de San Miguel y las capillas laterales son exteriormente limitadas por muro recto, pero semi-circulares por el interior y abovedadas en fondo de horno precedido por travesía cubierta en cruzada de ojivas.

El mismo arcaísmo se encuentra en San Pablo el Real, donde la bóveda del coro no tiene nervio longitudinal y posee varios anexos que son construcciones musulmanas o mudéjares del más alto interés.

La iglesia de San Lorenzo tiene una fachada del mismo género que la de San Miguel caracterizada por un rosetón alumbrando la nave central y rosetones laterales más pequeños correspondientes a los faldones. Los absides principales de los dos edificios se parecen igualmente, pero las capillas laterales son en San Lorenzo de planta rectangular.

Igual sucede en San Nicolás, cuyas capillas son los únicos restos de la construcción primitiva, con los tres rosetones de la fachada. En Santa Marina y Santa Magdalena, se pueden ver todavía algunas partes antiguas de un estilo análogo.

La existencia de todas estas iglesias góticas de Córdoba, que pasan en general desapercibidas al lado de la gran Mezquita catedral de los Califas musulmanes, atestigüa que hubo en Andalucía una verdadera pequeña escuela de arquitectura ojival, y sin duda fueron los canteros de Burgos quienes contribuyeron a extender y aclimatar en la península ibérica esta forma de arte originalmente importado de Francia.

**AL-SAQUNDI. ELOGIO DEL ISLAM ESPAÑOL.** Traducción española por Emilio García Gómez. Madrid, 1934. Imprenta de Estanislao Maestre. 8.º, 128 pág. Publicaciones de las Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y Granada.

Enriquece D. Emilio García Gómez, en quien autoridad y juventud se dan juntas, las publicaciones de las Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y de Granada con una traducción íntegra de la «Risala», en que Al-Saqundi hace el elogio del Islam español. «Aquí—dice el insigne arabista—alza su voz Al-Saqundi contra los africanos del Sur y en homenaje a la pura esencia del Islam español, como más tarde, en horas de melancólica decadencia, después de la triste locura de Cervantes y del caballeresco ademán de Quevedo, otros valientes ingenios ibéricos clamarán contra los franceses del Norte que nos inoculaban su helado clasicismo. Al-Saqundi es, «mutatis mutandis», una especie de Forner del siglo XIII».

No existía hasta ahora en lenguas europeas una traducción total de la «Risala», que llega a los arabistas a través de Ibn Said, incrustada en la enciclopedia de Al-Maqquari, quien, aparte de algunas citas que esparce en el cuerpo de la obra, la reproduce, al parecer íntegramente, en el libro VII de la edición de Layden. Recuerda García Gómez en el prólogo, entre los posibles manuscritos de la obra, uno moderno que la Academia de la Historia posee y que es copia de un códice de Túnez adquirido por D. Francisco Cordera en su viaje a la capital de la Regencia y que procede posiblemente de la obra de Al-Maqquari, cuyo texto, habida cuenta de las notas críticas posteriores (Fleischer, el propio Dozy, etc.), ha sido, con pequeñas correcciones, el empleado por García Gómez.

En el prólogo tanto como la erudición brillan la dignidad y la belleza del estilo, como puede verse en los pasajes siguientes:

«El imperio y el mérito—decía Ibn Al-Muallim en el salón de Ceuta—no proceden sino de nosotros...» Contra esta afirmación y después de una donosa introducción irónica, polemiza en primer término Al-Saqundi. Hay una realidad que no puede negar: los africanos dominan en España: un califa almohade le ha nombrado cadí; por mandato de un príncipe bereber escribe. Pero él sabe, y lo dice elegantemente en prosa y verso, que los Imperios caen y las dinastías declinan. Al-Andalus está hoy sometido; pero ¿quién puede competir con su historia? En emocionadas frases, entreveradas de versos, evoca las austeras figuras de los omeyas cordobeses; hace una semblanza del gigantesco Almanzor, comparable a Heraclio y a Alejandro, y disculpa, en un pasaje de singular interés, la impericia política de los reyes de taifas, en atención a su celo literario y al prestigio poético de sus Cortes deliciosas y diminutas.

La otra cuestión aludida en el debate de Ceuta, que era la más espinosa (y por eso Al-Saqundi negaba plantearla, aunque todos podían leérsela en los ojos), es también tratada aquí, pero no abiertamente, sino con suma prudencia y tacto: no la afronta de cara, aunque constituye el subsuelo ideológico de todo el opúsculo. Se trata de la oposición entre las razas andaluza y bereber.

Bajo el manto, falazmente uniforme, del Islam han latido siempre, cada uno a su compás—y a menudo en abierta pugna—, los corazones insobornables de los pueblos indígenas. Estas diferencias explican la evolución política islámica y justifican la exaltación y la ruina de las dinastías musulmanas. Como ejemplo de querellas nacionales comunes a todo el Islam bastará aludir a las encarnizadas polémicas del «su-ubismo», en el siglo X, lo mismo en Persia que en España, donde la oposición entre las razas ibero-romana y árabe (para no hablar de la rivalidad de las fracciones árabes entre sí) sólo pudo conciliarse merced al inteligente arbitraje de los Omeyas. En la época de Al-Saqundi, esta cuestión estaba acallada, si no muerta, bajo la forma de una evidente supremacía árabe. Había otra mucho más palpitante y no menos antigua, pero que ahora, por razones poéticas, cobraba un vigor nuevo: la querella entre árabes y bereberes. Querellas, bien entendido, de raza y no de naciones, ya que el árabe ha sentido siempre los vínculos de la sangre (la antigua tribu) y no las ataduras territoriales. Por eso, Al-Saqundi no ataca al Africa del Norte, donde había focos de cultura árabe, como Qayrawan, más antiguos que Córdoba y de gran importancia, sino a los bereberes. ¡Y con qué orgullo, con qué soberbia española, con qué supremo desdén los trata!

«Ensalzar a Berbería sobre el Al-Andalus—dice—es querer ensalzar la izquierda sobre la derecha y decir que la noche es más clara que el día...; es gorgorjear con sollozos, peinarse sin pelo y enamorar a las mujeres honestas con canas teñidas.» Cuando enumera los nombres ilustres de Al-Andalus pregunta siempre a su contrincante: «¿Tenéis alguno como éste?» En una ocasión, aludiendo a un compilador de poesías (Ibn Bassam), añade: «Claro es que, aun dando por bueno que lo hubiérais tenido, ¿de qué sirve la bolsa en la casa vacía?» En otro pasaje compara los sabios instrumentos músicos (grecopersas) andaluces con los bárbaros panderos sudaneses. Varios personajes bereberes son, «nominatim», imán de sus dicterios: Salih, el falso profeta de los Bargawata; Saqut, virrey de Ceuta, Abu-el-Abbas el Yurawi, poeta y antólogo con quien se ensañaban cruelmente los españoles. Más altos blancos se ofrecían ante Al-Saqundi; los bárbaros príncipes que gobernaron a España. De entre ellos, los almohades (aparte su mayor suficiencia cultural) tenían inmunidad, por ser los reinantes a la sazón. Quedaban los almoravides. Y, efectivamente, contra ellos arrémete nuestro autor, en prosa y en verso (con un fragmento poético en que aparecen las especies zoológicas menos tenidas por sapientes). La página en que Al-Saqundi pinta con saña la ignorancia de Yusuf Tasfin, que interpretaba prosaicamente, como una petición de pan los exquisitos ditirambos de los poetas andaluces, es de las mejores de la «Risala». En suma: ésta es una feroz diatriba contra los bereberes y una antítesis de las obras, que también las hay, escritas en

su alabanza, como el «Kitab mafajir Al-Barbar», que publicara en breve M. Lévi-Provençal.

La obrita de Al-Saqundi, a través de sus fáciles ironías y de su gracejo andaluz, destila amargura y revela la honda y definitiva crisis que atormentaba al Islam español bajo las dinastías africanas. El gran reino del Mediodía—maravillosa paradoja de la Historia, «sol que salió por Occidente», como se dice en el epílogo de la «Risala»—navegó siempre entre el Escila de los cristianos del Norte y el Caribdis de los africanos del Sur. Para salvarse de los primeros cayó en manos de los últimos, y a ellas murió. Pocos textos nos transmiten tan finamente determinados matices espirituales de esta agonía andaluza.

Españoles son el orgullo de Al-Saqundi y su altiva ironía; española es también su actitud reivindicatoria. Triste destino de España ha sido siempre tener que doblar el esfuerzo, primero para crear las glorias y después para defenderlas.

\* \* \*

La parte apologética de la «Risala», que, como queda dicho, se entrecruza con la anterior, y que constituye un breve catálogo de los méritos andaluces en todos los órdenes, tiene dos partes esenciales que conviene subrayar aquí: una antología poética y una descripción de las ciudades de España.

Al-Saqundi, letrado de fino gusto y autor, como ya se ha indicado, de una compilación literaria, no quiere prescindir, al trenzar la corona de su patria, del elegante laurel de la poesía. La diminuta selección de la lírica andaluza que nos ofrece en la «Risala»—y que constituye la parte más incógnita de toda ella—merece señalarse por su quintaesenciada perfección, por la ponderación con que se compaginan autores clásicos y contemporáneos (de todas las clases sociales y sobre todos los temas) y por la penetrante agudeza de los juicios estéticos. No a los conocedores de la literatura árabe, sino a los romanistas, sorprenderá la finura crítica con que en el siglo XIII realizaban los musulmanes la investigación de las fuentes, analizando, por ejemplo, las imitaciones de un célebre verso de Imru-el-Qays («Samaw tu ilayha bada ma nama ahla-ha...») por Ibn Suhayd e Ibn Abi Rabia. Nótese asimismo la perspicacia con que Al-Saqundi hace resaltar la admirable escuela valenciana del siglo XII (Ibn Jafaya, Ibn Al-Zaqqaq, Al-Rusafi, etc.), compuesta por paisajistas literarios de primer orden, creadores de deliciosos «atauriques» líricos e introductores en el fondo de la poesía arábigoandaluza de una «renovación» que podría ser comparada, como punto de referencia, a la introducida por Góngora en la poesía castellana renacentista. Autores de la talla de Ibn Darray Al-Qastali son asimismo debidamente valorados. Si antes hemos comparado la «Risala» con la «Oración apologética» de Forner en un aspecto, en este otro merecería parangonarse con la «Carta» del marqués de Santillana al condestable de Portugal.

Las páginas dedicadas a describir las ciudades de España son, sin embargo, y sin duda alguna, las mejores del opúsculo. De todas las metrópolis andaluzas poseemos circunstanciadas descripciones de geógrafos (como las de Al-Idrisi, por

ejemplo), cargadas de detalles, exactas en sus mediciones de millas y parasangas. De todas sobreviven noticias dispersas, desvaídas, pulverizadas. Pero nadie como Al-Saqundi ha dado de ellas, en líneas breves y apretadas, semblanzas relampagueantes, grávidas de verdad y de poesía. Ningún pueblo ha amado las ciudades tanto como el musulmán, que las ha cortejado como novias, en frases que aún resuenan en el Romancero. Al-Saqundi responde a ese espíritu, y al evocar ante los ojos de los incultos huéspedes del desierto los paraísos de España, apresa en síntesis felices, cuajadas de observaciones menudas, la imagen de la Andalucía del siglo XIII; mejor dicho, de la Andalucía eterna.

Sevilla y Córdoba se adelantan en primer plano. Sevilla—con sus casitas limpias, «que parecen, de encaladas que las tienen, estrellas blancas en un cielo de olivos»—era a la sazón la gran capital de España. Acababa de erigirse la Giralda, y a su sombra, los sevillanos bebían y hacían chistes. En la descripción sobresalen las palabras precisas: el río, el vino, el amor, la burla, la guitarra, el limonero. Córdoba, en cambio, quedaba anegada en el pretérito, poblada de nobles sombras: sabios, caudillos, príncipes beatos, austeros inquisidores maliquies. Dormida al pie de la Mezquita, aparece ya como en la canción del poeta de hoy:

*Córdoba, lejana y sola...*

En torno a entrambas se agrupan las demás, como hermanas menores: Jaén, arisca y polvorienta, con su seda, su azafrán y sus bailarinas; Granada, roja y verde, tristemente sensual con sus enamoradas poetisas; Málaga, célebre por sus higos, sus pasas y su vino; Almería, mercantil y cristalina, sembrada de ágatas, «que echaban los magnates bereberes en sus botijos»; Murcia, fecunda y alegre, «donde una novia puede comprar entero su ajuar»; Valencia, «ramillete de España», inundada de luz; Mallorca, próspera y altiva en su aislamiento....

(El Sol, 27 - Enero - 1934)

**CONTRIBUCION A LA TOPONIMIA ARABE DE ESPAÑA.** Por Miguel Asin Palacios. Madrid, 1940. 8.º, 156 pág. Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.— Patronato Menéndez Pelayo - Instituto Benito Arias Montano.

El gran maestro del arabismo español acomete en esta obrita de batalla el árduo problema de poner a disposición de los eruditos la copiosa etimología arábiga de muchos lugares y accidentes geográficos de España, cuyo trabajo, apesar de tener honrosos antecedentes en nuestra patria, que recuerda el autor, no tenían el problema al día, como lo hace Don Miguel Asin con su doble personalidad literaria de primer maestro del arabismo y director de la Academia Española de la Lengua.

Extraemos algunos nombres de interés para la comarca cordobesa.

Adamuz, la cueva, la cisterna, el rincón.

Albolafia, apodo, el de la buena suerte o salud.

Alcaidia, denominativo femenino de Alcaide, supliéndose «alquería» o «aldea», es decir «del Alcaide».

Alcaracejos, plural diminutivo español de Alcaraz, el cerezo.

Alcazarejos, plural diminutivo español de Alcázar, el palacio.

Alcolea, el castillejo.

Alcorucén, las dos salidas.

Algodor, los estanques.

Almenara, la atalaya.

Alisné, el fuerte, el castillo.

Almedina, la ciudad, y su diminutivo Almedinilla.

Almodóvar, el redondo.

Almogávar (castillo), el guerrero.

Almoradí, el de Murad. Yaqut registra un Murad, castillo cerca de Córdoba. (Morad, Moratilla, Moratalla).

Añora, la noria.

Azores (Córdoba), plural español de «azor», el muro.

Bacar, bueyero. Yaqut lo registra también en Arabia como topónimo de montañas.

Benamegí, «Banu Magila», nombre de una tribu berberisca.

Bujalance, torre de la culebra. En el libro de las Tablas, de la Catedral de Córdoba, documento de 1270, aparece transcrito Burilahace y Burialhaz.

Castil-Ansur. Híbrido formado de Castil, castillo, y anzur, fuente.

Guadajoz, río de la turbia.

Guadalbaida, río de la albaida, de la planta así llamada por el color blanco de sus hojas.

Guadalbarbo, río del bereber.

Guadalcázar, río del palacio o alcázar.

Guadalmazán, río del fuerte.

Guadalmez, río del almez.

Guadalmoral. Híbrido de *wadi*, río, y el castellano «moral».

Guadalquivir, el río grande.

Guadarromán, río del granado (o Guarromán)

Guadatín, río del barro.

Iznájar, castillo alegre.

Jara (La), tierra cubierta de jara.

Olías, altura.

Rambla, arenal.

Ruzafa, jardín, parque. Yaqut registra hasta nueve Ruzafas en Oriente, fundadas casi todas por califas y príncipes para su

recreo, entre ellas las famosas de Basora, Bagdad y Damasco, además de la erigida cerca de Córdoba por Abderraman I, en recuerdo y a semejanza de la de Damasco.

Zahara, la brillante.

Zambra, bando, grupo.

Zahira, la bonita.

Topónimos probablemente arábigos, todavía no descifrados (de Córdoba):

Albendín. Aljazar, Aoxin, Belalcázar (1), Benajarate, Guadalbacarejo, Guadalete, Guadalora, Guadamatilla, Guadalmellato (2), Guadamora, Guadanuño, Guadazueros, Guadiatillo, y Guadiato.

**GONZALO DE CÓRDOBA, EL GRAN CAPITÁN.** Por Luis María de Lojendio. Espasa-Calpe. Madrid, 1942. 380 págs.

**EL GRAN CAPITÁN.** Por Juan Cabal. Editorial Juventud. Barcelona, 1942. 216 págs.

**EL DUQUE DE RIVAS o LA FUERZA DEL SINO.** Por Nicolás González Ruiz. 1943. 366 págs. Ediciones Aspas.

**ESTAMPAS ROMANTICAS.** Por Antonio Ramírez Lopez, Correspondiente de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Prólogo de Pascual Santacruz. Córdoba, 1942. Imprenta La Verdad. 156 págs.

Contiene diversos reportajes españoles hechos por el autor en diferentes viajes, en los que describe jugosamente hechos, paisajes y personas, con un alto espíritu patriótico y cordobesista, publicados anteriormente y recogidos ahora en este librito.

**MANOLETE.** Dinastía e historia de un matador de toros cordobés. Por José Luis Sánchez Garrido (José Luis de Córdoba) y Rafael Gago. Prólogo de Rafael González (Machaquito). Córdoba, 1943. Imprenta Provincial. 222 págs.

**EL «CASO» MANOLETE.** Por Felipe Sassone. Madrid, 1943.

**OMAR-BEN-HAFSUN.** Un reino cristiano andaluz en pleno imperio islámico español. (854-917), por Fidel Fernández. Barcelona, 1942. Editorial Juventud. Dedicado a la Real Academia de Ciencias Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Obra póstuma.

Es una historia novelada, con abundante bibliografía, de la rebelión de Bobastro contra los Califas de Córdoba, que algunos historiadores califican de «la Covadonga del Sur», y en la que don Fidel vertió los postreros jugos de su ferviente andalucismo.

(1) Belalcázar fué llamado desde el siglo XV la antigua población de Gáfec o Gahete.

(2) Guadalmellato es híbrido de *wadi*, río y *Armilat*, desinencia anterior a la conquista árabe. El célebre monasterio de San Zoilo Armilatense, tan celebrado entre los mozárabes, estaba en la ribera de este río.

**Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales. 1940. 1941. 1942.** Tres tomos. Publicaciones de la Inspección General de Museos Arqueológicos. Madrid.

Registran en las memorias correspondientes al Museo de Córdoba, que la Inspección General califica «entre los Provinciales, el más rico, el más completo y el más variado, con una potencialidad de vida considerable, debido en gran parte a la inextinguible riqueza arqueológica del suelo cordobés», todas las incidencias habidas en dichos tres años por tan importante centro.

Aparte de los datos relativos a catalogación, registros, inventarios, visitas, excursiones, etc., el director del Museo de Córdoba en este periodo, don Samuel de los Santos, hace notables descripciones, que equivalen a extensas monografías, de los objetos de excepcional interés ingresados en aquél.

En el año 1940 destaca el capitel latino-bizantino cordobés de los siglos VI-VII con los cuatro Evangelistas en sus frentes; un frontal de sarcófago paleo-cristiano, de mármol blanco, representando Daniel en el foso de los leones; colección de esculturas ibéricas e ibero-romana en excavaciones de Cabezas del Rey (La Rambla, Córdoba); y numerosos donativos de objetos prehistóricos, cerámica del bronce, sarcófagos romanos, estatuas, capiteles, monedas, etc.

En el año 1941 las adquisiciones y donativos de objetos de las más diversas épocas son también numerosos. La memoria describe especialmente los mosaicos descubiertos en las obras del Convento de las Esclavas, y el tesoro hispánico ante-romano de Los Almadenes (Pozoblanco), ya descritos en nuestro BOLETIN (Enero-Marzo 1928) reproducidos con numerosas fotografías.

En el año 1942 «ha sido el Museo de Córdoba el que ha tenido mayor número de ingresos, con 438 objetos en propiedad y tres en depósito» (Siguen Valladolid y Palencia con 250 y 157, y con cifras inferiores a 100 los demás de España). También ha llevado la primacía en redacción de cédulas de sus inventarios y visitas de investigadores, en cuyos conceptos le sigue el de Barcelona. En atención a esta capital importancia, el Estado ha adquirido para albergar tan importante centro, la histórica Casa de Jerónimo Paez (O. 24 Julio 1942, B. O. 7 de Agosto) en 500.000 pesetas. Por último, en 31 de Diciembre de 1942, la Dirección General de Bellas Artes ordena que las colecciones arqueológicas de Medina Azahara y del Museo de la Mezquita, pasen a incrementar en su nueva instalación las del Museo Arqueológico, para que a base de las tres, de máxima importancia, se constituya, más que un museo provincial, «un Museo Nacional», de carácter Hispano-árabe.

El director del Museo, señor de los Santos, en su memoria,

aparte la reseña de los datos oficiales relativos a movimiento anual del centro, destaca; la compra del mosaico de la Compañía; hallazgo y estudio de brocales califales; relieve de Ceres y Proserpina, etc.

**La Cerámica Medieval Española.** Por Emilio Camps Cazorla. Madrid, 1943. Publicaciones de la Escuela de Artes y Oficios artísticos de Madrid.

«Folleto de 34 páginas con láminas aparte, en el que se vulgariza la técnica cerámica con el arte que la misma engendra, y que en España, a partir del Califato cordobés, produce una gran riqueza de decorado, cuya escuela se extiende hasta principios del XVII y cuya evolución estudia el autor con gran acierto.»



## REVISTAS

**La trayectoria seguida por el arte poético y musical islámico andaluz.** Por el P. Patrocinio García. «Mauritania», 1.º de Septiembre 1943.

Se refiere al Congreso de Música marroquí (Fez, 6-10 Mayo 1939), después de hacer una relación histórica de la música andaluza en una extensa memoria en la que reconoce sobreviven cuatro repertorios de nubas andaluzas: las de Túnez, traídas por emigrados de Valencia; las de Argel, de Córdoba; las de Fez, de Sevilla, y las de Tetuán, de Granada. De estas últimas fueron recopiladas las once más notables por Al- Haik, tetuaní, el año 1762, que se conservan.

**Un aspecto de la influencia del arte califal en Cataluña. (Basas y capiteles del siglo XI).** Por Félix Hernández. «Archivo español de Arte y Arqueología. núm. 16. Madrid, 1930.

**San Miguel de Cuixá, iglesia del ciclo mozárabe catalán.** Por Félix Hernández. «Archivo español de Arte y Arqueología». Mayo-Agosto, 1932.

**La Torre Arabe de Noviercas.** Por A. Gaya Nuño. AEAA. Septiembre-Diciembre, 1933.

**Instalación en el Museo de Játiva de las antigüedades árabes del Palacio ducal de Pinohermoso.** Por Carlos Sarthou Carreres. «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones». Diciembre, 1931,

Describe, con bellas fotografías, los restos musulmanes de mencionado edificio, de directa filiación califal, aunque más avanzado.

**Un nouvel exemplaire des trois premières tomes de la Daira de Ibn Bassam.** Por E. Levy-Provençal. «HESPERIS», 3 trim. 1934.

**Un Manuscrit de la bibliothèque du calife Al-Hakam II.** Por E. Levy-Provençal. «HESPERIS», 3 trim. 1934.

Se trata de un ejemplar hallado en la biblioteca de la Mezquita Alcarauín, de Fez, del «Mohtasar» de Abu Musab Ahmed ben Abubecr Az-Zuhri, ejecutado para la biblioteca del califa de Córdoba, según atestigua la última página de dicha copia, de la cual exhibe una hermosa fotocopia, y en la cual se lee, con letra «que no ha perdido todavía su aspecto angular arcaico», y «la elegancia de esta cursiva del siglo X no deja de recordar la del cúfico de la epigrafía cordobesa contemporánea»: «Esta copia ha sido escrita por Husáin ben Yusúf, esclavo del Iman Alháquem Almostansir biláh emir de los creyentes—que Aláh prolongue su duración y perpetúe su califato—en sabán del año 359». (9 Junio-7 Julio 970)

**Un Chirurgien musulman du royaume de Grenade: Mohamad As-Safra.** Por H. P. J. Renaud. «Hesperis», I-II, 1935.

Muy interesante para la historia de la Medicina.

**Les coupoles des grandes mosquées de Tunisie et d'Espagne aux IX et X siècles.** Por E. Lambert. «Hesperis», III. 1936

**El mosaico romano de Baco descubierto en la bodega cordobesa de Cruz Conde.** Por B. Taracena y Aguirre. «Cuadernos de Arte», II, 1937. Publicaciones de la Facultad de Letras de Granada.

Los avatares de la guerra civil trajeron a Córdoba al hoy ilustre Director del Museo Arqueológico Nacional don Blas Taracena, el cual, aprovechando la oportunidad de la instalación en su bodega particular del mosaico que en 1929 descubriera don Rafael Cruz Conde, hizo un estudio admirable del mismo, cuajado de citas generales muy atrayentes. Hé aquí algunas:

«Hoy, diez y siete siglos después de haberse formado estos mosaicos, el tema sigue teniendo máxima importancia en la economía de la fecunda región andaluza, olivarera y vinícola como en tiempo romano. Las alabanzas de Strabon (Geographia III, 2, 6,) y de Marcial (IV, 46, 15) al vino dorado de la Bética siguen prodigando-

se por literatos y geógrafos; los acaudalados propietarios, como en tiempo de Columela (XII, 21,) siguen cifrando su riqueza en la posesión de extensos y cuidados viñedos, y miles de cajas de botellas embarcan en los puertos de Cadíz y Sevilla rumbo a la Europa brumosa y a las Américas del N. y S., como hace casi dos mil años embarcaban en Gades, en Hispalis y en el mismo puerto fluvial de la Colonia Patricia, llevando las puntiagudas ánforas de barro llenas de cálido vino andaluz a descargar en los almacenes ostienses, después a derramarse en báquica alegría por la Roma imperial, y más tarde a morir destruídas en las escombreras del monte Testaccio». Continúan citas eruditas sobre los vinos de España en tiempos antiguos.

«Todavía no se ha hecho un estudio de conjunto de los restos de Córdoba romana, aunque el tema resulte por demás atrayente tratándose de la ciudad teatro de tantos acontecimientos y de la que se conservan tan copiosos y ricos materiales arqueológicos.

Ni uno solo de los siglos de Roma posteriores a la conquista de España, trascurrió sin que Córdoba desempeñara un papel importante en su historia militar o política. Asimilada muy pronto a la nueva cultura, ya en los años 168 o 151 antes de J. C., por ser establecimiento de numerosos nobles del orden ecuestre y senatorial, mereció la jerarquía máxima de Colonia (una de las nueve que en la Bética hubo) y el dictado excepcional de Patricia; en los años 152-151 fué sede de la internada de Marcelo y en el 143-42 refugio contra Viriato, de Quincio, el Pretor de la Citerior. En el siglo I antes de J. C., en los años 77-76, también paraje de la internada de Metelo; teatro de importantes acontecimientos militares y querida residencia de César el año 49, y también el 45, después de la batalla de Munda, y plácido cobijo de vergeles y jardines donde los Epigramas de Marcial recuerdan el plátano famoso allí plantado por las propias manos de César. En estos duros siglos de la conquista y las guerras civiles, la Colonia Patricia debía ser no sólo lugar de fortaleza que contara mucho como punto de resistencia, sino también plácida y próspera ciudad de sociedad culta en que descansar de los esfuerzos de la guerra bajo el riente sol del invierno bético y en espera de la próxima campaña militar.

Con la paz imperial, Córdoba crece en importancia política y administrativa. Ya capital de la provincia bética desde que esta surgió el año 27 antes de J. C., y por tanto residencia del Procónsul, en el siglo I de nuestra era es lugar de asambleas provinciales de delegados de Colonias y municipios romanos y latinos que, bajo la presidencia del **Sacerdos provinciae**, se reúnen periódicamente para celebrar el culto imperial, organizar fiestas y censurar la gestión de los gobernadores salientes. Por entonces nacen sus hijos

más preclaros; Anneo Séneca el retórico (55 años antes de J. C.), Lucio Anneo Séneca el filósofo (primeros años de nuestra Era), y Marco Anneo Lucano el poeta (año 39 de J. C.), y también arriscados políticos que intervienen en las conjuraciones contrp Calígula.

Los siglos I y II deben ser los de su máximo florecimiento urbano a juzgar por los abundantes restos arqueológicos. Era entonces nudo de comunicaciones por donde cruzaba la vía Augusta que iba a Sevilla y Cádiz, la que marchaba a Linares y Ciudad-Real, la de Medellín, la de Antequera y Málaga desde Ecija y la de Mérida, que se bifurcaba en Zafra y tenía además, importante puerto fluvial y sólido puente que le daba nombradía.

En el siglo III, Osio (¿257-357), el consejero de Constantino en su lucha contra el arrianismo, enérgico adversario del donatismo y defensor de la catolicidad en Oriente, encarna la nueva fase espiritual de Córdoba, la ciudad defensora de las puras esencias cristianas que, en comienzos del siglo IV, suma al martirologio los nombres de Acisclo, Zoilo, Fausto, Genaro y Marcial. Por entonces, Ausonio, en su **Ordo Nobilium Urbium**, al elogiar la grandeza de Mérida, la IX ciudad del Imperio, dice: «Córdoba, no puede disputarte tu rango ni Tarragona...»

«En la musivaria hispano-romana coresponde a este mosaico uno de los primeros lugares entre los de su tiempo, junto al italicense de la Condesa de Lebrija, junto al de las Hazañas de Hércules procedente de Liria (Valencia), junto al primer hallado de la Vega de Toledo, y a la cabeza de Medusa del Museo de Tarragona, más por encima de casi todos ellos en la perfección del dibujo y en la belleza del matizado. Hermosa muestra de los tesoros del arte del pasado que aún encierra el subsuelo de Córdoba. Grata promesa de futuros hallazgos.

El mosaico de las bodegas de Cruz Conde, cuajado de símbolos y alegorías de la Naturaleza fecunda, se nos ofrece con las más finas piedras como un canto de exaltación a esta tierra ubérrima de la campiña cordobesa, como una alabanza plástica que sumar a los **Laudes Hispaniae** que San Isidoro recogiera para este país al que el Panegírico de Teodosio Augusto llamaba **terris omnibus terra felicior.**»

**CÓRDOBA.** Por Francis Carco. «Les Anales» Paris, 1 Febrero.

El autor de «Printemps d'Espagne», en cuyo libro describe los pintorescos bajos fondos sociales de las urbs andaluzas, sigue describiendo en este artículo los encaantos que halló en Córdoba.

**Los modillones de lóbulos.** Ensayo de análisis de la evolución de una forma arquitectónica a través de diez y seis siglos. Por L. Torres Balbas. AEEA, Mayo-Agosto 1936.

Interesante trabajo en que el autor persigue la evolución de los modillones de lóbulos desde la arquitectura clásica, su entronque con la califal cordobesa, y la dispersión de los derivados de ésta después de su pujante desenvolvimiento. Le acompañan abundantes dibujos y fotografías.

**Un nuevo «ciervo» califal de bronce.** Por E. Camps Cazorla. «Archivo Español de Arte», núm. 58, 1943.

Hará unos veinte años, al construir una casa de propiedad particular en el frente del paseo de la Victoria, de Córdoba, y en el ángulo que hace entrada al viejo camino de Almodóvar, zona que posteriormente se ha revelado de gran riqueza arqueológica, fué hallado, al excavar los cimientos, una figura de bronce, representando toscamente un ciervo, de arte califal. En Febrero de 1940 uno de los propietarios lo llevó a Madrid para depositarlo en el Museo Arqueológico Nacional, donde, tras diversas incidencias, ha sido adquirido por el Estado.

Don Emílio Camps, en este trabajo, hace por vez primera, el estudio del notable ejemplar, de la misma escuela que el conocidísimo del Museo de Córdoba, del cual difiere por tener las patas macizas, y de menor elegancia en conjunto que el cordobés. Por lo demás, el resto de sus caracteres los hace análogos, hasta el extremo de que el autor se pregunta si será este ejemplar «la cierva» que fué a parar al Monasterio de Guadalupe, hallada al mismo tiempo que «el ciervo», bajo la pila de mármol que aún se conserva en el «patio del cervato» del Monasterio de San Jerónimo de Córdoba, y todo ello procedente de Medina Azahara.

Con este motivo, y siguiendo sugerencias del maestro Gomaz Moreno y otros, el A. estudia todas las figuras musulmanas de bronce que desperdigadas por diversos museos del mundo y colecciones, ofrecen cierto parentesco, concluyendo en el origen califal cordobés de muchas de ellas, hasta ahora imperfecta y arbitrariamente clasificadas.

**Capiteles epigrafiados del Alcázar de Córdoba.** Por Manuel Ocaña Jiménez. «Al-Andalus», III, 1935.

**Capiteles epigrafiados de Medinat al-Zahra.** Por Manuel Ocaña Jiménez. «Al-Andalus», IV, 1936.

**Capiteles fechados del siglo X.** Por Manuel Ocaña Jiménez. «Al-Andalus», II, 1940.

### **Nuevos datos documentales sobre la construcción de la Mezquita de Córdoba en el reinado de Abderrahman II.**

Por L. Torres Balbás. «Al-Andalus», II, 1941.

En diversas comunicaciones, E. Lambert, de Caen, suponía que las dos naves extremas de la primera Mezquita de Abderrahman I habían sido adicionadas posteriormente, con ocasión de la ampliación de Abderrahman II, cuya deducción arqueológica vinieron a confirmar unos textos árabes hallados por E. Levy-Provencal. De todo ello, ampliamente documentado, así como de los datos aportados por Don Félix Hernández, arquitecto actual de la Mezquita, que contradicen aquellas aseveraciones consta este interesante trabajo.

**Capiteles árabes documentados.** Por Manuel Gómez Moreno. «Al-Andalus», II, 1941.

**El alminar de la iglesia de San José y las primeras construcciones de los ziríes granadinos.** Por L. Torres Balbás. «Al-Andalus», II, 1941.

Muy interesante para las técnicas constructivas califales.

**La pila de abluciones del Museo de Córdoba.** Por Manuel Ocaña Jiménez «Al-Andalus», II, 1941.

Se rebate en este artículo la mención hecha por Amador de los Ríos del origen de esta conocidísima pila, y se da una nueva versión de su inscripción cúfica, y se fecha el objeto en tiempos post-califales.

**Gormaz, castillo califal.** Por A. Gaya Nuño. «Al-Andalus», II, 1943.

Después de un interesante estudio descriptivo, el autor concluye: «Lo que supone Gormaz en el arte del Califato, con sus excelencias constructivas, su enorme buque, que solo con la pujanza musulmana del siglo X podía acometerse, sus puertas monumentales y su sobria arquitectura, es algo que solo palidece ante la Mezquita y ello olvidando el efecto que produce su puerta monumental. Medinat al-Zahra le gana en finura y galanuras de ornamento, pero no en construcción. Gormaz, como un todo bien homogéneo que es, fechado en 965, esto es entre Medinat al Zahra y la parte más esplendida de la Mezquita, alcanza el tiempo más fecundo del Califato y valora sus normas constructivas con grandiosidad no superada. Avala, además, su mérito, el ser ejemplar único dentro del Califato en la arquitectura militar, como la Mezquita lo es en la religiosa y Medinat al-Zahra en la palatina; edificios los tres en los que se puede estudiar bien cumplidamente el arte sin par de nuestro Califato. Como cuanto conservamos del arte de los omeyas andaluces es la más de las veces minuciosamente ornamental y pleno

de exquisiteces ello acrecienta el interés de este castillo de Gormaz, de monumental desnudez, poco corriente en lo musulmán.»

**Essai sur la province romaine de Bétique.** Thouvenot (R). 748 páginas en 4. Paris, 1940.

**Nuevos yacimientos de arqueociátidos en la provincia de Córdoba.** Por A. Carbonell Trillo-Figueroa. Investigación y Progreso, Agosto 1940.

**El tesoro de plata de Salvacañete (Cuenca).** Por Juan Cabré Aguiló. AEAA, Mayo-Agosto 1936, p. 151.

Este tesoro de piezas de plata, probablemente votivas y tal vez parte de los tributos en plata que el pueblo indígena estaba obligado a pagar como impuesto de guerra durante las guerras celtíberas a los romanos dominadores, y que estos remitían en grandes remesas a Roma según testimonios de los clásicos, es descrito con todo detalle por el A., quien con este motivo hace un resumen de los tesoros análogos encontrados en España, y enumera los de la Dehesa del Castillo de Azuel (Montoro, Córdoba), aún inédito; Molino del Marrubial (Córdoba), descrito por W. L. Hildburgh (*A find of Ibero-Roman Silver at Cordova*, «Archeología», 1921-22, vol. LXXII); y Los Almadenes (Pozoblanco), descrito por Samuel de los Santos en este BOLETIN (núm. 21, año 1928), entre otros andaluces y del resto español. Resume su opinión sobre el origen centroeuropeo de este arte, su personalidad ibérica, donde constituyen foco en sur y levante, irradian de Andalucía hacia norte, y al llegar la cultura ibérica a la zona de castros con verracos, se origina una reacción, importando las obras de orfebrería del estilo Chao de Lamas (portugues), de Pozoblanco y Marrubial, que integran el tesoro estudiado.

## AUTORES CORDOBESES

**Capiteles epigrafiados del Baño del Albaicin de Granada.** Por Manuel Ocaña Jiménez. «Al-Andalus» IV, 1939.

**Manuel Ocaña Jiménez.** Notas sobre cronología hispano musulmana. «Al-Andalus». Madrid, 1943, vol. VIII, fasc. II.

**Gumersindo Aparicio Sánchez.** Los Bóvidos. Monografía premiada con motivo del Concurso Regional de Ganados e Industrias Pecuarias celebrado en Sevilla, en 1943. Sevilla, 1943.